

VIRGINIA VALLEJO

AMANDO A PABLO,
ODIANDO A ESCOBAR

La increíble historia de amor entre el narcotraficante más buscado
del mundo y la estrella más famosa de Colombia



PENÍNSULA HUELLAS

Amando a Pablo, odiando a Escobar

Virginia Vallejo

La increíble historia de amor entre
el narcotraficante más buscado del mundo
y la estrella más famosa de Colombia

© Virginia Vallejo, 2007

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición octubre de 2007
Primera edición en Península: octubre de 2017

Pedro Navaja, escrita por Ruben Blades
© Publicada por Ruben Blades Publishing
Administrada por Kobalt Music Publishing Limited

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2017
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
EGEDSA - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 16.820 - 2017
ISBN: 978-84-9942-640-2

ÍNDICE

Introducción	11
--------------	----

PRIMERA PARTE

LOS DÍAS DE LA INOCENCIA Y DEL ENSUEÑO

El reino del oro blanco	21
Aspiraciones presidenciales	43
¡Pídeme lo que tú quieras!	59
¡Muerte a Secuestradores!	73

SEGUNDA PARTE

LOS DÍAS DEL ESPLENDOR Y DEL ESPANTO

La caricia de un revólver	89
Dos futuros presidentes y <i>Veinte poemas de amor</i>	101
La amante del Libertador	119
En brazos del demonio	133
Un lord y un <i>drug lord</i>	143
El séptimo hombre más rico del mundo	161
<i>Cocaine Blues</i>	181

¡No ese cerdo más rico que yo!	203
Bajo el cielo de Nápoles	235
Aquel palacio en llamas	259
Tarzán <i>versus</i> Pancho Villa	287
¡Qué pronto te olvidaste de París!	317
Un diamante y una despedida	345

TERCERA PARTE
LOS DÍAS DE LA AUSENCIA Y DEL SILENCIO

La conexión cubana	375
El rey del terror	399
Hoy hay fiesta en el infierno	437

PRIMERA PARTE
LOS DÍAS DE LA INOCENCIA
Y DEL ENSUEÑO

All love is tragedy. True love suffers and is silent.

OSCAR WILDE

EL REINO DEL ORO BLANCO

A mediados de 1982 existían en Colombia varios grupos guerrilleros. Todos eran marxistas o maoístas y admiradores furibundos del modelo cubano. Vivían de las subvenciones de la Unión Soviética, del secuestro de quienes ellos consideraban ricos y del robo de ganado a los hacendados. El más importante eran las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia), nacidas en la violencia de los años cincuenta, época de crueldad sin límites y tan salvaje que es imposible describirla sin sentirse avergonzado de pertenecer a la especie de los hombres. Menores en número de integrantes eran el ELN (Ejército de Liberación Nacional) y el EPL (Ejército Popular de Liberación), que posteriormente se desmovilizaría para convertirse en partido político. En 1984, nacería el Quintín Lame, inspirado en el valiente luchador por la causa de los resguardos indígenas del mismo nombre.

Y estaba el M-19, el movimiento de los golpes espectaculares, cinematográficos, conformado por una ecléctica combinación de universitarios y profesionales, intelectuales y artistas, hijos de burgueses y militares, y aquellos combatientes de línea dura que en el argot de los grupos armados se conocen como «troperos». Al contrario de los demás alzados en armas —que operaban en el campo y en las selvas que cubren casi la mitad del territorio colombiano—, «el Eme» era eminente-

mente urbano y contaba en sus cuadros directivos con mujeres notables y tan amantes de la publicidad como sus compañeros.

En los años que siguieron a la Operación Cóndor en el sur del continente, las reglas del combate en Colombia eran en blanco y negro: cuando cualquier integrante de alguna de estas agrupaciones caía en manos de los militares o de los servicios de seguridad del Estado era encarcelado y, con frecuencia, torturado hasta la muerte sin juicios ni contemplaciones. De igual manera, cuando una persona adinerada caía en manos de la guerrilla no era liberada sino hasta que la familia entregaba el rescate, muchas veces tras años de negociaciones; el que no pagaba moría, y sus restos raras veces eran encontrados, situación que con contadas excepciones sigue tan vigente hoy como entonces. Todo colombiano de profesión cuenta entre sus amigos, familiares y empleados con más de una docena de conocidos secuestrados, que se dividen entre los que regresaron sanos y salvos, y los que jamás volvieron. Estos últimos, a su vez, se subdividen entre aquellos cuyas familias no tuvieron cómo satisfacer las pretensiones de los secuestradores, aquellos por quienes se pagó la jugosa recompensa pero jamás fueron devueltos y aquellos por cuya existencia nadie quiso entregar el patrimonio acumulado a lo largo de varias generaciones, o el de solo una vida de trabajo honrado.

Me he quedado dormida con la cabeza recostada en el hombro de Aníbal y despierto por ese doble saltito que dan las aeronaves livianas al tocar tierra. Él acaricia mi mejilla y, cuando trato de ponerme de pie, hala suavemente de mi brazo como indicándome que debo permanecer sentada. Señala la ventanilla y no puedo dar crédito a lo que estoy viendo: a lado y lado de la pista de aterrizaje, dos docenas de hombres jóvenes, unos con anteojos oscuros y otros con el ceño fruncido por el sol de la tarde, rodean el pequeño avión y nos apuntan con ametralladoras,

con la expresión de quienes están acostumbrados a hacer los disparos primero y las preguntas después. Otros están semio-cultos entre matorrales, y dos de ellos incluso juegan con una ametralladora Mini Uzi como haría cualquiera de nosotros con las llaves del auto. Yo solo atino a pensar en lo que ocurriría si alguna de ellas cayera al piso disparando seiscientos tiros por minuto. Los muchachos, todos muy jóvenes, visten ropas cómodas y modernas, camisetas polo de colores, *jeans* y tenis importados. Ninguno de ellos lleva uniforme ni traje camuflado.

Mientras el pequeño avión carretea por la pista, alcanzo a calcular el valor que podríamos tener para un grupo guerrillero. Mi novio es sobrino del anterior presidente, Julio César Turbay, cuyo Gobierno (1978-1982) se caracterizó por una violenta represión militar a los grupos insurgentes, sobre todo el M-19, gran parte de cuya plana mayor ha ido a parar a la cárcel; pero Belisario Betancur, el presidente que acaba de posesionarse, ha prometido liberar y amnistiar a todos los alzados que se acojan a su proceso de paz. Miro a los niños de Aníbal, y el corazón se me encoge: Juan Pablo, de once años, y Adriana, de nueve, son ahora los hijastros del segundo hombre más rico de Colombia, Carlos Ardila Lülle, dueño de todas las embotelladoras de sodas del país. Los amigos que nos acompañan son Olguita Suárez, hija de un millonario ganadero de la Costa Atlántica, que en unas semanas contraerá nupcias con el simpático cantautor español Rafael Urreza —organizador del paseo— y cuya hermana está comprometida con Felipe Echavarría Rocha, miembro de una de las dinastías industriales más importantes de Colombia; Nano Márquez y Ethel Klenner, dos de los principales decoradores y galeristas de arte de Bogotá; Ángela Sánchez, una *top model*, y yo, una de las presentadoras de televisión y periodista radial más destacadas del país. Sé perfectamente que, de caer en manos de la guerrilla, todos los integrantes del avión entraríamos en su particular definición de «oligarcas» y en consecuencia de «secuestrables», ad-

jetivo tan colombiano como el prefijo y sustantivo «narco», del cual hablaremos más adelante.

Aníbal ha enmudecido y se ve inusualmente pálido. Sin tomarme el trabajo de esperar sus respuestas, le disparo dos docenas de preguntas seguidas:

—¿Cómo supiste que este sí era el avión que habían mandado por nosotros? ¿No te das cuenta de que posiblemente nos estén secuestrando?... ¿Cuántos meses estaremos retenidos cuando ellos descubran quién es la madre de tus niños?... Y estos no son guerrilleros pobres: ¡mira las armas y los tenis! Pero ¿por qué no me dijiste que trajera mis zapatos tenis? ¡Estos secuestradores me van a hacer caminar por toda la selva en sandalias italianas y sin mi sombrero de paja! ¿Por qué no me dejaste empacar mi *jungle wear* con calma?... ¿Y por qué aceptas invitaciones de gente que no conoces? ¡Los guardaespaldas de la gente que yo conozco no le apuntan a los invitados con ametralladoras! ¡Caímos en una trampa, porque a toda hora estás chupando coca y no sabes dónde está la realidad! Si salimos vivos, no me casaré contigo ¡porque te va a dar un infarto, y no voy a quedarme viuda a los treinta y dos años!

Aníbal Turbay es grande, guapísimo y libre, amoroso hasta el cansancio y generoso con sus palabras, su tiempo y su dinero a pesar de que no es multimillonario como mis exnovios. Es igualmente adorado por su ecléctica colección de amigos —como Manolito de Arnaude, buscador de tesoros— y por centenares de mujeres cuyas vidas se dividen en «antes de Aníbal» y «después de Aníbal». Su único defecto es una irremediable adicción al polvillo nasal; yo lo abomino, pero él lo adora por encima de sus niños, de mí, del dinero, de todo. Antes de que el pobre pueda responder a mi andanada, la portezuela del avión se abre y entra aquel vaho del trópico que invita a disfrutar de lo que en mi país sin estaciones llamamos Tierra Caliente. Dos de los hombres armados suben y, tras observar nuestros rostros estupefactos, exclaman:

—¡Ay, Dios mío, pero qué es este horror! ¡Ustedes no nos van a creer: esperábamos unas jaulas con una pantera y varias tigresas, y parece que las mandaron en otro avión! ¡Mil perdones, señores! ¡Qué vergüenza con las damas y los niños! ¡Cuando el patrón se entere, nos va a fusilar!

Nos explican que la propiedad tiene un zoológico muy grande y, evidentemente, hubo un problema de coordinación entre el vuelo de los invitados y el que traía a las fieras. Y mientras los hombres armados se deshacen en excusas, los pilotos descienden del avión con la expresión indiferente de quienes no tienen que dar explicaciones a extraños, porque su responsabilidad es la de respetar un plan de vuelo y no revisar cargamentos.

Tres *jeeps* nos esperan para conducirnos hasta la casa de la hacienda. Me coloco las gafas de sol y el sombrero de safari, desciendo del avión y —sin saberlo, darme cuenta o imaginar sus consecuencias— pongo pie firme por primera vez en el lugar que cambiará mi vida y mi destino para siempre. Subimos a los vehículos, y cuando Aníbal me rodea los hombros con su brazo, quedo tranquila y me dispongo a disfrutar de cada minuto restante del paseo.

—¡Qué lugar más bello, y parece enorme! Creo que este viaje va a valer la pena... —le comento en voz baja, señalándole a dos garzas que levantan vuelo desde una orilla lejana.

Absortos y en completo silencio contemplamos aquel escenario magnífico de tierra, agua y cielo que parece extenderse más allá del horizonte. Siento una de esas ráfagas de felicidad que llegan de pronto, invaden el cuerpo y se envuelven en uno, y súbitamente se van sin despedirse tal y como habían llegado. Desde una cabaña en la distancia llegan las notas de *Caballo viejo*, de Simón Díaz, en la voz inconfundible de Roberto Torres, ese himno de la llanura venezolana que los hombres mayores han adoptado como propio en todo el continente y que cantan al oído de potras alazanas cuando quieren soltarse

la rienda con la esperanza de que ellas también suelten la suya: «Cuando el amor llega así, de esta manera, uno no se da ni cuenta...», advierte el cantor mientras va narrando las proezas del viejo semental. «Cuando el amor llega así, de esta manera, uno no tiene la culpa...», se justifica el llanero para terminar conminando a la especie humana a seguir su ejemplo «porque después de esta vida no hay otra oportunidad», en tono tan pleno de sabiduría popular como de cadencias rítmicas, cómplices de algún aire tibio cargado de promesas.

Estoy demasiado feliz y embebida en aquel espectáculo como para ponerme a preguntar por el nombre, o la vida y milagros, de nuestro anfitrión.

«Así debe de ser el dueño de todo esto: uno de esos políticos zorros y viejos, llenos de plata y de potras, que se creen el rey del pueblo», me digo reclinando otra vez la cabeza en el hombro de Aníbal, aquel grandulón hedonista cuyo amor por la aventura murió con él seis semanas antes de que yo pudiera empezar a reunir las fuerzas para comenzar a narrar esta historia terrible, tejida de un millón de instantes congelados durante casi un cuarto de siglo en los más recónditos vericuetos de mi memoria, los más hondos y secretos, poblada de mitos que jamás deberían ser resucitados y monstruos que deberían ser enterrados y olvidados para siempre.

Si bien esta casona es enorme, carece de todos los refinamientos de las grandes haciendas tradicionales de Colombia: por ninguna parte se ven la capilla, el picadero o la cancha de tenis; los caballos, las botas de montar inglesas o los perros de raza; la platería antigua o las obras de arte de los siglos XVIII, XIX y XX; los óleos de vírgenes y santos o los frisos de madera dorada sobre las puertas; las columnas coloniales o las figuras esmaltadas de pesebres de antepasados; los arcones tachonados o las alfombras persas de todos los tamaños; la porcelana francesa

pintada a mano o los manteles bordados por monjitas, ni las rosas u orquídeas de la orgullosa señora de casa.

Tampoco se ven por parte alguna los humildes servidores de las fincas de los ricos de mi país, casi siempre heredados con la propiedad, gentes sufridas, resignadas y de enorme dulzura que a lo largo de generaciones han elegido la seguridad por encima de la liberación. Esos campesinos de ruana —un poncho corto de lana marrón—, desdentados pero siempre sonrientes, que a cualquier petición respondían sin vacilar quitándose el sombrero viejo con una profunda inclinación de cabeza: «¡Voy volando, su merced!», «¡Eleuterio González a la orden, para servirle a su merced en todo lo que se le ofrezca!», y que jamás se habían enterado de que en el resto del mundo existían las propinas; esos humildes campesinos que hoy están casi extintos, porque los guerrilleros les enseñaron que, cuando triunfara la revolución en un día no muy lejano, ellos también podrían tener tierra y ganado, armas y trago, y mujeres como las de los patrones, bonitas y sin várices.

Las habitaciones de la casa de la hacienda dan sobre un corredor larguísimo y están decoradas de manera espartana: dos camas, una mesa de noche con un cenicero de cerámica local, una lamparita cualquiera y fotos de la propiedad. A Dios gracias, el baño privado de la nuestra tiene agua fría y caliente y no solo fría, como casi todas las fincas de Tierra Caliente. La terraza, interminable, está sembrada de docenas de mesas con parasol y centenares de sillas blancas y resistentes. Las dimensiones de la zona social —las mismas de cualquier club campesino— no dejan la menor duda de que la casa ha sido planeada para atender en gran escala y recibir a cientos de personas; y, por el número de habitaciones de huéspedes, se deduce que en los fines de semana los invitados deben de contarse por docenas.

—¡Cómo serán las fiestas! —comentamos entre todos—. ¡Seguro que se traen al Rey Vallenato con dos docenas de acordeoneros desde Valledupar!

—No, ¡a la Sonora Matancera y a Los Melódicos juntos!
—corrige alguien con ese tono de sorna que deja translucir un tantito de envidia.

El administrador de la propiedad nos informa que el dueño de la hacienda está demorado por un problema de última hora y que no llegará sino hasta el otro día. Es evidente que los trabajadores han recibido instrucciones de complacer nuestras menores necesidades para que la estadía sea cómoda y placentera; pero nos dejan saber desde el primer momento que el *tour* por la propiedad excluye el segundo piso, donde se encuentran las habitaciones privadas de la familia. Todos son hombres, y parecen sentir gran admiración por el patrón. Su nivel de vida, superior al de los servidores de otras familias ricas, se evidencia en su actitud segura y una total carencia de humildad. Estos campesinos parecen ser hombres de familia, y visten ropa de trabajo nueva, de buena calidad y más discreta que la de los jóvenes de la pista de aterrizaje; y, a diferencia del primer grupo, no portan armas de ningún tipo. Pasamos al comedor para la cena. La mesa principal, de madera, es enorme.

—Como para un batallón —nos decimos en voz baja.

Las servilletas son de papel blanco y la comida es servida en vajillas de la región por dos mujeres eficientes y silenciosas, las únicas que hemos podido ver desde nuestra llegada. Tal y como habíamos anticipado, el menú consiste en una deliciosa bandeja paisa, plato típico de Antioquia y el más elemental de la cocina colombiana: fríjoles, arroz, carne molida y huevo frito, acompañados de una tajada de aguacate o palta.

No parece haber en esta propiedad un solo elemento que denote preocupación por lograr un ambiente particularmente acogedor, refinado o lujoso: todo en esta hacienda de casi tres mil hectáreas ubicada entre Doradal y Puerto Triunfo, en el ardiente Magdalena Medio colombiano, parece haber sido planeado con el sentido práctico e impersonal de un enorme hotel de Tierra Caliente, y no con el estilo de una gran casa de campo.

Nada en aquella noche tropical cálida y tranquila —mi primera en la Hacienda Nápoles— podría haberme preparado para el mundo de proporciones colosales cuyo descubrimiento iniciaría yo al día siguiente, ni para las dimensiones de aquel reino distinto de todos los que yo había tenido oportunidad de conocer hasta entonces. Y nadie podría haberme advertido sobre las ambiciones descomunales del hombre que lo había construido con polvo de estrellas y con aquel espíritu del que están hechos los mitos que cambian para siempre la historia de las naciones y los destinos de sus gentes.

A la hora del desayuno nos avisan que nuestro anfitrión llegará hacia el mediodía para tener el gusto de enseñarnos su zoológico personalmente. Mientras tanto, vamos a recorrer la hacienda en buggies, esos vehículos que consisten en una carrocería muy baja, dos asientos, un timón, una palanca, un depósito de combustible y un motor que produce un ruido infernal. Parecen diseñados para jóvenes despreocupados, y van dejando una nubecilla de humo y polvo y una estela de envidia, porque el que conduce un buggy se ve radiante y bronceado, luce *shorts* y gafas de sol, y lleva a su lado a una chica linda y un poco asustada con el cabello flotando al viento o a un amigo medio borracho que no se cambia por nadie. El buggy es el único vehículo que se puede conducir por una playa con alto grado de embriaguez sin que le ocurra nada grave a sus ocupantes, sin que se vuelque y, sobre todo, sin que la policía encarcele al loco que va al volante, porque tiene una ventaja adicional: frena en seco.

La primera mañana de aquel fin de semana ha transcurrido dentro de la más completa normalidad; pero, luego, comenzarían a ocurrir cosas extrañas, como si un ángel guardián intentara advertirme que los placeres presentes y las aventuras inocentes son casi siempre las máscaras con que se cubren el rostro las futuras penas.

Aníbal está catalogado como uno de los seres más locos que haya pisado el planeta, etiqueta que a mi espíritu de aventura le divierte enormemente, y todas mis amigas pronostican que el noviazgo no terminará en el altar, sino en el fondo de un precipicio. Aunque él acostumbra conducir su Mercedes por esas estrechas y serpenteantes carreteras de montaña que solo tienen dos carriles, el de ida y el de vuelta, a casi doscientos kilómetros por hora con un vaso de whisky en una mano y una merienda a medio comer en la otra, la verdad es que jamás ha sufrido un accidente. Y yo voy feliz en el buggy con su hijita en mi regazo, la brisa en el rostro y el cabello al viento, disfrutando del deleite puro, el júbilo indescriptible que se siente al recorrer kilómetros y kilómetros de tierra plana y virgen a toda velocidad sin nada que nos detenga ni nos ponga límites, porque en cualquier otra hacienda colombiana aquellas extensiones inconmensurables estarían dedicadas a la ganadería cebú y llenas de puertas con trancas para guardar a miles de vacas de mirada boba y docenas de toros en eterno estado de alerta.

Durante casi tres horas recorreremos kilómetros y kilómetros de llanuras en todos los tonos del verde, interrumpidos solo por una que otra laguna o un río de poco caudal, con una colina suave como terciopelo de color mostaza aquí o una leve ondulación allá, parecidas a esas praderas en las que años después vi a Meryl Streep y Robert Redford en *Memorias de África*, pero sin los baobabs. Todo el lugar está poblado solamente por árboles y plantas, aves y pequeños animales nativos del trópico americano, imposibles de describir en detalle porque cada nueva escena se inicia mientras la anterior no ha terminado de desfilar ante nuestros ojos, en paisajes que primero se han ido sucediendo por docenas y ahora parecen hacerlo por centenares.

A la velocidad del vértigo nos dirigimos hacia una hondonada de vegetación tupida y medio selvática, como de medio kilómetro de anchura, para refrescarnos por unos minutos del sol ardiente del mediodía bajo los abanicos de plumas gigantes

de un bosquecillo de guadas. Segundos después, bandadas de pájaros de todos los colores alzan el vuelo en medio de una cacofonía estridente; el buggy da un salto sobre una depresión del suelo oculta entre la hojarasca, y un palo de dos metros y casi cinco centímetros de grosor entra como una bala por la parte delantera del vehículo, cruza rozando a cien kilómetros por hora el estrecho espacio que separa la rodilla de Adriana de la mía, y se detiene exactamente a un milímetro de mi mejilla y cinco centímetros de mi ojo. No pasa nada, porque los buggies frenan en seco; y porque, al parecer, Dios tiene reservado para mí un destino realmente singular.

A pesar de la distancia recorrida y gracias a ese invento llamado *walkie talkie* —que siempre había calificado como esnob, superfluo y completamente inútil—, en cuestión de veinte minutos llegan varios *jeeps* para rescatarnos y recobrar el cadáver del primer buggy roto e inutilizado en toda la historia desde su invención. Media hora después nos encontramos en el pequeño hospital de la hacienda, recibiendo inyecciones antitetánicas y aplicaciones de mercurocromo en las raspaduras de las rodillas y la mejilla, mientras todo el mundo suspira aliviado porque Adriana y yo estamos vivas y con los cuatro ojos completos. Aníbal, con cara de niño regañado, refunfuña sobre el costo de mandar a arreglar el bendito aparato y la eventualidad de tener que reemplazarlo por uno nuevo, para lo cual se necesita, antes que nada, averiguar cuánto cuesta traerlo por barco desde Estados Unidos.

Nos informan que el helicóptero del dueño de la hacienda ha llegado hace un rato, aunque ninguno de nosotros recuerda haberlo oído. Algo inquietos, mi novio y yo nos preparamos para presentar excusas por el daño causado y preguntar sobre las posibilidades de su reparación. Minutos después, nuestro anfitrión hace su entrada al saloncito donde nos hemos reunido con el resto de los invitados. Su rostro se ilumina al ver nuestro asombro por su juventud: creo que adivina el alivio

de mi novio *buguicida* al comprobar que él tiene la edad promedio de los miembros de nuestro grupo, porque una especie de gran travesura recorre todo su semblante y su expresión parece luchar con una de esas carcajadas reprimidas que son precursoras de las cadenas de risas.

Unos años atrás, en el transcurso de una invitación de la Flota Mercante Grancolombiana a Hong Kong, yo le había expresado al venerable capitán Chang —el agente marítimo más poderoso en el puerto más grande del mundo— mi preocupación por su Rolls-Royce Silver Ghost con chofer de quepis, uniforme gris y botas negras, que él había puesto a mi disposición y que estaba estacionado a la puerta de mi hotel las veinticuatro horas del día. Con un elegante gesto de desdén, el magnate chino había contestado:

—¡No se preocupe, querida señora, que tenemos otros siete solamente para nuestros invitados, y ese es el suyo!

Ahora, hoy, con esa misma voz y el mismo movimiento desdenoso de su mano, nuestro joven y sonriente anfitrión exclama:

—¡No se angustien más por ese buggy, que tenemos docenas!

De este modo elimina de un tajo todas nuestras preocupaciones y, con ellas, cualquier sombra de duda sobre sus recursos, su hospitalidad o su total disposición de compartir con nosotros, a partir de ese instante y durante cada minuto restante del fin de semana, las toneladas de diversión que aquel paraíso de su propiedad promete. Luego, con un tono que primero nos tranquiliza, luego nos desarma y por último deja seducidos a mujeres, niños y hombres por igual —acompañado de una sonrisa que hace sentir a cada uno como si hubiese sido el cómplice escogido para alguna broma cuidadosamente planeada que solo él conoce—, el orgulloso propietario de Hacienda Nápoles nos va saludando:

—Encantado de conocerla en persona, ¡finalmente! ¿Cómo van esas heridas? ¡Prometemos a los niños compensarlos con creces por el tiempo perdido: no van a aburrirse ni un minu-

to! Créanme que lamento no haber podido llegar antes. Mucho gusto, Pablo Escobar.

Si bien es un hombre de baja estatura —1,68 metros—, tengo la impresión de que jamás le ha importado. Su cuerpo es fornido y del tipo que, en unos años, tendrá la tendencia a engordarse. Su papada precoz y notable sobre un cuello grueso y muy corto resta juventud a su semblante, pero le imprime una cierta autoridad y un cierto aire de respetable señor mayor a las palabras cuidadosamente medidas que salen de su boca recta y firme. Habla con una voz serena, ni alta ni profunda, educada y realmente agradable, con la absoluta certeza de que sus deseos son órdenes y el dominio de los temas que le conciernen total. Luce bigote bajo una nariz que de perfil es casi griega y, junto con la voz, el único rasgo especial en la presencia física de un hombre joven que, en otro marco, sería descrito como perfectamente ordinario, más feo que bello, y se confundiría con millones en las calles de cualquier país. El cabello es oscuro y bastante rizado, con una triple onda indómita que atraviesa su frente y que él retira de tanto en tanto con gesto rápido; su piel es bastante clara y no está bronceado como nosotros, dorados todo el año a pesar de vivir en Tierra Fría. Los ojos están muy juntos y son particularmente esquivos; cuando no se siente observado, parecen retroceder hacia cuevas insondables bajo cejas no muy tupidas para escrutar desde allí los gestos que pudieran delatar los pensamientos de quienes están afuera. Observo que casi todo el tiempo se dirigen hacia Ángela, quien lo observa con cortés desdén desde su 1,75 metros de estatura, sus veintitrés años y su belleza soberbia.

Tomamos los *jeeps* para dirigirnos hacia la parte de la Hacienda Nápoles dedicada al zoológico. Escobar conduce uno de los vehículos y está acompañado de dos chicas brasileras en tanga, cariocas de pequeña estatura y caderas perfectas que jamás hablan y se acarician entre sí, aunque cada vez más discretamente por la presencia de los niños y las bellezas elegantes

que ahora captan la atención del anfitrión. Aníbal observa la total indiferencia de ambas por lo que ocurre a su alrededor, lo cual para una autoridad en su campo es síntoma indiscutible de aspiración reiterada y profunda de *Samaritan platinum*, porque en esta suntuaria propiedad la *Samaritan gold* debe de ser la versión popular de la cannabis. Observamos que ambas niñas, realmente tiernas, como angelitos a punto de quedarse dormidos, ostentan en el dedo índice de la mano derecha un diamante de un quilate.

En la distancia aparecen tres elefantes, quizás la primera atracción de todo circo o zoológico que se respete. Aunque yo nunca he podido distinguir entre los asiáticos y los africanos, Escobar los describe como asiáticos. Nos informa que todos los machos de las especies mayores y en vía de extinción de su zoológico tienen dos o más hembras y que, en el caso de las cebras, los camellos, los canguros, los caballos Appaloosa u otros menos costosos, muchísimas más. Y añade con una sonrisa maliciosa:

—Por eso se mantienen tan contentos y no atacan ni son violentos.

—¡No, Pablo, no es por superávit de hembras!: es por estos espacios sublimes que parecen las llanuras de África. ¡Mira cómo corren esos hipopótamos y aquellos rinocerontes hacia el río, felices, como si estuvieran en casa! —le digo señalándolos, porque adoro llevarle la contraria a los hombres que sobrevaloran el sexo. También porque lo mejor de su zoológico es esa total libertad con que aquellos enormes animales trotan en los espacios abiertos o se ocultan entre pastizales altísimos donde podrían estar la pantera y las tigresas del día anterior.

En alguna parte del recorrido nos damos cuenta de que las brasileras se han esfumado por obra y gracia de los oficiosos «escoltas», nombre que se da en Colombia a los guardaespaldas armados. Observamos que Ángela ocupa ahora el puesto de honor junto a nuestro anfitrión, quien luce más radiante que todos nosotros juntos. Aníbal está feliz porque se propone

ofrecerle a Escobar los helicópteros que manufactura su amigo el conde Augusta, y porque acaba de comentarle que nuestra amiga es la mujer más hermosa que ha visto en mucho tiempo.

Llegamos a donde se encuentra el trío de jirafas, y no resisto la tentación de preguntarle a su dueño cómo hace uno para importar animales de semejante tamaño y con esos cuellos kilométricos desde las planicies de Kenia o Tanzania: a quién se las encargan, cuánto cuestan, cómo se meten al barco, si les da mareo, cómo se sacan de la bodega, en qué tipo de camión viajan hasta la hacienda sin despertar curiosidad y cuánto tardan en adaptarse al cambio de continente.

—¿Cómo las traerías tú? —me pregunta Escobar en tono desafiante.

—Pues, por el tamaño de sus cuellos —y porque están en vía de extinción—, traerlas por Europa sería... como arriesgado. Tendrían que viajar por tierra a través del África subsahariana hasta un lugar como... Liberia o Costa de Marfil. Desde allí, podrían despacharlos en barco hasta Brasil... o quizás las Guayanas... Cruzando la Amazonia, llegarían sin problema a Colombia, siempre y cuando hayas ido dejando... unos cuantos fajos de billetes en cada retén y a cientos de patrulleros felices a todo lo largo de la ruta de Manaus a Puerto Triunfo. ¡Tampoco es que sea taaan complicado!

—¡Estoy absolutamente escandalizado con tu capacidad para el delito multinacional, Virginia! ¿Cuándo me das unas clases? Mis jirafas son legalmente importadas, ¿qué estás sugiriendo? ¡Vienen desde Kenia, vía El Cairo-París-Miami-Medellín, hasta la pista de la Hacienda Nápoles, con sus certificados de origen y todas sus vacunas en orden! Sería imposible, inconcebible, traerlas de contrabando, porque sus cuellos no son exactamente de resortes, ¿sabías? ¿O crees que se pueden acostar a dormir juiciosas como niños de cinco años? ¿Tengo yo, acaso, cara de contrabandista de jirafas? —Y antes de que yo pueda decir que sí, exclama feliz—: ¡Y ahora, a bañarnos al

río, para que todos ustedes puedan ver un rincón del paraíso terrenal antes del almuerzo!

Si hay algo que produce ganas de salir corriendo a una persona civilizada de Tierra Fría es la perspectiva de un paseo con sancocho a un río de Tierra Caliente. (Sancocho es una sustanciosa sopa de gallina o pescado acompañada de yuca, arroz y papa; y cada región de Colombia tiene su propia receta.) Como desde mi más tierna infancia no recuerdo haberme sumergido sino en aguas de color turquesa, siento un enorme alivio al comprobar que las verdes de este Río Claro —alimentado por docenas de manantiales nacidos en la propiedad— son cristalinas; fluyen suavemente entre enormes piedras redondeadas, su profundidad parece ideal para el baño, y por ninguna parte se ve esa nube de mosquitos que acostumbran confundir mi sangre con la miel.

A la orilla nos esperan algunos familiares o amigos de nuestro anfitrión y dos docenas de guardaespaldas con varios *speed boats*. Diseñadas para las carreras que, ahora sé, son la pasión de Escobar y de su primo Gustavo Gaviria, estas embarcaciones de acero logran velocidades impresionantes y llevan a más de una docena de personas protegidas con cascos, chalecos y audífonos para el ruido atronador del motor, encerrado en una jaula metálica en la parte posterior de la carrocería.

Arrancamos cual exhalación con Escobar al volante de nuestro bote. Hipnotizado de placer, vuela sobre aquel río esquivando los obstáculos como si conociera cada recodo y cada piedra, cada remolino grande o pequeño, cada árbol caído o tronco flotante, y quisiera impresionarnos con su habilidad para salvarnos de peligros que solo avizoramos al pasar por su lado cual flechas y que desaparecen en instantes como productos de nuestra imaginación. La vorágine dura casi una hora y, al llegar a nuestro destino, nos sentimos como si viniéramos de bajar en picada de las cataratas del Niágara. Fascinada, me doy cuenta de que en cada segundo de la pasada hora nuestras

vidas pendieron del sentido milimétrico del cálculo de este hombre que parece nacido para desafiar los límites de su supervivencia o para rescatar a los demás y, en el proceso, recibir su admiración, su gratitud o sus aplausos. Y como la intensidad compartida es uno de los más espléndidos regalos que se pueden ofrecer a quienes también viven su vida con sentido de aventura, me pregunto si nuestro anfitrión ha puesto toda aquella capacidad teatral al servicio de un espectáculo emocionante e irrepetible, obedeciendo a su pasión por conquistar el peligro, a la necesidad de exhibir sus múltiples formas de su generosidad, o a un amor propio desbordado.

Llegamos al lugar del almuerzo y estoy feliz de descansar en el agua mientras el sancocho y la parrillada están listos. Nado de espaldas y, abstraída en mis pensamientos y en la belleza del cielo, no me doy cuenta de que los círculos concéntricos de un remolino se han ido cerrando en torno de mí. Cuando siento la fuerza de un tornillo metálico que paraliza mis piernas para arrastrarme hacia el fondo, agito los brazos llamando a mi novio y a los amigos que se encuentran en la orilla, a unos ochenta metros; pero, creyendo que los estoy invitando para que se unan al baño, ellos me ignoran porque solamente quieren celebrar con un buen trago la odisea vivida y recuperar el calor corporal con una deliciosa comida caliente. Estoy a punto de morir en presencia de cuatro docenas de amigos y vigilantes que no quieren ver más allá de su comodidad, sus ametralladoras o sus vasos cuando, ya casi exangüe, hago contacto visual con Pablo Escobar. Solo quien está más ocupado dirigiendo el espectáculo y dando las órdenes, el director de la orquesta, «el dueño del paseo» —como se diría en buen colombiano—, advierte que estoy en una licuadora de la que no volveré a salir viva. Sin pensarlo dos veces se arroja al agua, y en segundos llega hasta donde me encuentro. Usando primero palabras que me tranquilizan, luego movimientos tan precisos que parecen coreografiados y, finalmente, una fuerza de tenaza que parece

duplicar la del remolino, aquel hombre seguro y valiente comienza a arrancarme del abrazo de la muerte, como si yo fuese una pluma, como si esta acción fuera solo una más entre sus responsabilidades de anfitrión galante, como si él fuera inmune a un peligro que va haciendo de lado, conmigo aferrada primero a su mano, luego a su antebrazo y después a su torso, mientras Aníbal nos mira desde la distancia, como preguntándose por qué diablos no me despego yo de alguien que conocimos hace apenas unas horas y que cinco minutos antes conversaba con él.

Cuando Escobar y yo pisamos fondo, nos dirigimos con paso tambaleante hacia la orilla. Me sujeta firmemente del brazo y le pregunto por qué, entre tantas personas, fue el único que cayó en la cuenta de que yo iba a morir.

—Porque vi la desesperación en tus ojos. Tus amigos y mis hombres solo veían tus manos agitándose.

Lo miro, y le digo que no fue solo el único que vio mi angustia, sino también el único a quien le importó mi vida. Parece sorprenderse, y más cuando añadido con la primera sonrisa que soy capaz de esbozar tras el susto:

—Pues ahora vas a ser responsable de mi vida mientras vivas, Pablo...

Coloca un brazo protector alrededor de mis hombros, que no paran de temblar. Luego, con expresión risueña exclama:

—¿Mientras yo viva? ¿Y qué te hace pensar que voy a morir primero?

—Bueno, sabes que es apenas un decir popular... pero dejémoslo entonces en mientras yo viva, para que ambos quedemos tranquilos ¡y puedas pagar mi entierro!

Ríe, y dice que eso ocurrirá dentro de un siglo, porque los sucesos de las últimas horas parecen indicar que tengo más vidas que un gato. Al llegar a la orilla me dejo envolver en la toalla que Aníbal me extiende con brazos amorosos. Está tibia, y como es enorme, me es imposible ver lo que él no quiere que yo descubra en sus ojos.

La parrillada no tiene nada que envidiar a la de una estancia argentina, y el lugar del almuerzo es, efectivamente, de ensueño. Un poco retirada del resto del grupo, contemplo en silencio aquella umbría frondosa con los ojos de una Eva perdonada ante su segunda visión del Paraíso. En los años siguientes la reviviré una y otra vez en mi memoria, con esa hermosa construcción de teca mirando hacia la parte más tranquila de aquel Río Claro, convertido para mí en lago de esmeraldas, sus aguas reflejando el follaje del lado opuesto, el sol brillando en cada hoja y en las alas de las mariposas. Muchos meses después pediré a Pablo que volvamos allí, pero él me dirá que ya no es posible, porque el lugar se ha llenado de guerrillas. Luego, tras un día cualquiera precedido de dos decenios, comprenderé o aceptaré por fin que jamás debemos retornar a sitios de belleza esplendorosa donde alguna vez fuimos intensamente felices por unas horas, porque ya no son los mismos y queda solo la nostalgia de los colores y, sobre todo, de las risas.

Todo en la Hacienda Nápoles parece ser de un tamaño colosal. Nos encontramos ahora sobre el Rolligon, un tractor gigante con ruedas de casi dos metros de diámetro, una canasta en las alturas donde caben unas quince personas y una fuerza comparable a la de tres elefantes.

—¡A que no puedes con aquel, Pablo! —gritamos, señalando hacia un árbol de mediana contextura.

—¡A que ese también lo tumbamos! —grita encantado Escobar, arrollando sin compasión al pobre arbolito con el argumento de que todo aquel que no resista el embate suyo no merece vivir y debe retornar a la tierra para convertirse en nutrientes.

En el camino de vuelta a la casa, pasamos junto a un auto baleado que parece ser un Ford de finales de los años veinte.

—Es el de Bonnie y Clyde —nos informa orgulloso.

Le pregunto si es el de la pareja o el de la película, y contesta que es el original porque él no compra imitaciones. Todos comentamos que parece una coladera, y Escobar nos explica que los seis policías que agarraron a los amantes para cobrar la recompensa les dieron con rifles automáticos durante más de una hora, dejando en rededor del auto más de cien cartuchos de bala.

Clyde Barrow, «el Robin Hood americano», era en 1934 el enemigo público número uno del Gobierno estadounidense. Robaba bancos, y cuatro meses antes de su muerte orquestó exitosamente la fuga de varios miembros de su banda. Bonnie Parker lo acompañaba en los asaltos, pero jamás participó en los asesinatos de policías, que fueron incrementándose en la medida que la persecución contra ellos se extendía por nuevos estados y el monto de la recompensa aumentaba. Al morir, ella tenía veinticuatro años y él veintitrés. Los cuerpos desnudos de la pareja fueron exhibidos ante cientos de fotógrafos en el piso de la morgue, en un espectáculo que levantó airadas protestas no solo por su morbosidad, sino por las docenas de balazos que presentaba el cuerpo de la joven cuyo crimen y destino habían sido amar al eterno prófugo de la justicia. Bonnie y Clyde fueron la primera pareja del bajo mundo inmortalizada en la literatura y el cine, y su leyenda pasó a convertirlos en una auténtica versión moderna de Romeo y Julieta. Veinte mil personas acompañaron el cortejo fúnebre de Bonnie, quien, por decisión de su madre, no pudo ser enterrada al lado de Clyde, como era el deseo de ella.

Al aproximarnos a la entrada de la Hacienda Nápoles vemos estacionada sobre el enorme portón, como una gigantesca mariposa equilibrista, una avioneta monomotor pintada de blanco. Escobar aminora la marcha y luego se detiene. Alcanzo a sentir que una compuerta se abre sobre nosotros y, por el rabillo del ojo, observo que mis compañeros se repliegan hacia los lados y la parte trasera del Rolligon. En fracción de segun-

dos el contenido de canecas y canecas de agua helada descien-
de a raudales sobre mí, dejándome aturrida, sin respiración y
medio ahogada. Cuando logro recuperar el habla, solo atino a
preguntarle, tiritando:

—¿Y ese cascarón de principios de siglo era el aeroplano
de Lindbergh o el de Amelia Earhart, Pablo?

—¡Este sí era mío y me trajo mucha suerte, como la que
tuviste hoy cuando te salvé la vida! ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja! ¡Yo siem-
pre me cobro los favores que hago, y ya quedaste «bautizada»!
¡Ahora sí estamos a mano, mi querida Virginia! —exclama
desternillado de la risa, mientras su docena de cómplices no
paran de celebrar lo ocurrido.

Esa noche, cuando estoy terminando de arreglarme para
la cena, alguien toca muy suavemente a la puerta de mi ha-
bitación. Creyendo que es la pequeña de Aníbal, le digo que
siga; pero quien asoma tímidamente la cabeza sin soltar el pi-
caporte es el dueño de casa. Con un tono de preocupación que
pretende ser sincero, me pide disculpas y pregunta cómo me
encuentro. Respondo que más limpia que nunca, porque en las
últimas doce horas me he visto obligada a tomar cinco baños a
temperaturas varias. Él ríe aliviado y yo le pregunto por las fie-
ras, que no hemos podido ver en ninguna parte del recorrido.

—Ahhh..., esas fieras. Bueno..., te confieso que en mi zoo-
lógico no hay animales de presa: se comerían a los otros, que
son difícilísimos de importar... legalmente. Pero, ahora que re-
cuerdo, sí me pareció ver por ahí a una pantera furiosa tiritan-
do empapada bajo una avioneta y a tres tigresas en el salón,
hace como diez minutos. ¡Ja, ja, ja!

Y desaparece. Al darme cuenta de que todo lo de la pista de
aterrizaje fue un montaje, no puedo dejar de pensar con risue-
ña incredulidad que la capacidad de este hombre para tramar
picardías solo puede compararse con su valor. Cuando entro
al comedor luciendo dorada y radiante en mi túnica de seda
turquesa, Aníbal elogia mi aspecto y exclama delante de todos:

—Esta nena es la única mujer en el mundo que se despierta luciendo siempre como una rosa..., es como ver un milagro de la Creación cada mañana...

—¡Míralos! —dice el Cantautor a Escobar—, los dos símbolos sexuales juntos...

Pablo nos observa con una sonrisa. Luego me mira fijamente. Yo bajo la vista.

Ya de regreso en nuestra habitación, Aníbal comenta en voz baja:

—Realmente, ¡un tipo que es capaz de traerse tres jirafas de contrabando desde Kenia hasta acá es capaz de meter toneladas de cualquier cosa en Estados Unidos!

—¿Como toneladas de qué, amor?

—De coca. Pablo es el rey de la cocaína, y es tal la demanda que ¡va camino de convertirse en el hombre más rico del mundo! —exclama, levantando las cejas con admiración.

Comento que yo hubiera jurado que financiaba todo ese estilo de vida a punta de política.

—¡No, no, mi amorcito! Es al revés: ¡financia toda esa política a punta de esta!

Y entrecerrando los ojos, arrobado de placer tras su cuadragésimo «pase» del día, me enseña una «roca» de cocaína de cincuenta gramos que Pablo le ha regalado.

Estoy agotada y me quedo profundamente dormida. Cuando despierto al día siguiente, él sigue ahí pero la «roca» ya no está. Tiene los ojos inyectados, y me contempla con enorme ternura. Yo solo sé que lo amo.